



La política del psicoanálisis frente al discurso de la racionalidad cientificista. Lucha desigual, más no imposible

Hernán Fair*

Bien sabéis que da lo mismo que no seáis vosotros quienes digan la última palabra: que incluso jamás filósofo alguno ha pronunciado la última palabra y que ofreceríais una prueba de una veracidad más digna de alabanza al colocar algunos puntos de interrogación detrás de vuestras fórmulas favoritas y de vuestras teorías favoritas.

Friedrich Nietzsche, *Más allá del bien y del mal*

1. Introducción

Desde hace varios años Alfredo Grande ha insistido en la importancia de retomar el concepto de “psicoanálisis implicado” para dar cuenta de la necesidad de que el psicoanálisis abandone su pura función clínica para investigar la subjetividad social e “implicarse” políticamente. Como señala en la introducción de su libro *Psicoanálisis implicado III* (2004), hay que recuperar “el debate del sujeto en el campo de la izquierda”. En efecto, como agrega, “no hay mundo sin un sujeto que lo piense, lo sienta, lo trascienda”. Esta recuperación de la dimensión subjetiva, y por tanto, política, va de la mano de una praxis política y social que cuestione lo dado como legítimo e indiscutible por los discursos dominantes. Y uno de los discursos más potentes de la actualidad es el de la Ciencia, una ciencia que se supone puramente neutral y transparente. En ese contexto de predominancia del racionalismo positivista, la principal función que debe cumplir este tipo de pensamiento “implicado” es criticar las características que definen al pensamiento científicista actual. En palabras de Alfredo Grande: “el análisis de la implicación en su extremo límite se recupera en su dimensión subversiva. Da cuenta del nivel convencional encubridor en que se desarrolla la racionalidad científica actual” (Grande, 2004). Es precisamente en este marco crítico de los saberes dominantes del racionalismo “cientificista” de matriz iluminista en el que se sitúa este trabajo. Para desarrollarlo, realizaremos un breve, pero intenso, recorrido por las características que lo definen. En particular, abordaremos sus formas de legitimación y su permanencia como discurso dominante. En una segunda etapa, acorde con el tipo de praxis implicada que defendemos, nos preguntaremos acerca de las posibilidades y herramientas para oponerse a este tipo de pensamiento científicista.

* Licenciado en Ciencia Política (Universidad de Buenos Aires), Magíster en Ciencias Sociales (Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales) y Becario del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), doctorando en Ciencias Sociales en la Universidad de Buenos Aires con sede en el Centro de Estudios del Discurso y las Identidades Sociopolíticas (CEDIS-UNSAM). Correo electrónico: herfair@hotmail.com

2. El discurso de la ciencia

Uno de los discursos políticos más fuertes y difíciles de combatir es el que constituye el discurso de la ciencia. Este tipo de discurso tiene antecedentes que se remontan a los orígenes de la filosofía política. En efecto, ya en Platón se observa esta idea acerca del conocimiento superior de los “filósofos-rey” sobre la *Doxa* ignorante de la masa. En ese contexto, se trataba de guiar a esta masa signada en la ignorancia por el camino de la esencia luminaria de las cosas, en tanto Cosa en sí posible de percibirse tal como se presenta¹.

A partir de Descartes, este discurso mítico es retomado para dar cuenta nuevamente de la posibilidad de acceder al conocimiento “real” de las “cosas”. En ese contexto, a pesar de que se parte de un nuevo método basado en la duda cartesiana, es nuevamente la ciencia “desinteresada” y “objetiva” de los números la que garantizaría este tipo de saber neutral y objetivo².

Sin embargo, como señala Foucault (1996), la tradición basada en la fe en la racionalidad se hará dominante recién a partir del siglo XVII en adelante. Su predominio sólo puede entenderse en consonancia con el desarrollo de la ciencia y los inventos tecnológicos de lo que se conoce como la modernidad. En ese contexto, se creía que la ciencia lograría llevar, mediante sus descubrimientos y avances en el conocimiento, a un progreso indefinible de la humanidad.

Durante los siglos subsiguientes y hasta el siglo XX, esta fe en la racionalidad científica será incentivada por la creciente maquinización y los sucesivos descubrimientos en el campo de la medicina y la tecnología aplicada. A su vez, se asentará en un discurso ideológico fuertemente estructurado. Parafraseando libremente a Grande (1994), podemos decir que este tipo de discurso posee tres características principales que le otorgan una fuerte validez teórica: la coherencia, la consistencia y la credibilidad. Coherencia, porque se trata de un saber que no admite contradicciones. Así, si uno afirma que dos más dos es igual a cuatro, ello no admite posibilidad de discusión racional, pues es entendido como universalmente aceptado. En la misma posición se sitúan los “ingenieros políticos” y economistas “tecnócratas” que presentan sus postulados como “leyes científicas” propias del campo de las ciencias naturales³. Así, pueden legitimar sus enunciados describiendo la “Verdad” absoluta de la “Ciencia” económica que afirma que “hay que reducir el gasto público porque genera inflación” o que “un incremento de salarios produce inflación”, o también que hay que abrir la economía para “insertarse al mundo”. Consistencia, ya que la propia coherencia le proporciona una consistencia que parece “hablar por sí mismo”, del mismo modo que se dice que “los hechos hablan por sí mismos”, cuando sabemos que no hay ninguna realidad que pueda estructurarse sin un lenguaje contingente y parcial, “indecidible”, diría Derrida (1989, 1995, 1997), que lo constituye y determina. Finalmente, credibilidad, en tanto este discurso se encuentra articulado y legitimado por la disciplina científica de las matemáticas y la econometría aplicada.

¹ En particular, véase el libro VII de *República* (Platón, 1988).

² Como expresará el filósofo francés, “No habiendo más que una verdad para cada cosa, cualquiera que la encuentre sabe de ella todo lo que se puede saber, y que, por ejemplo, un niño instruido en la aritmética al hacer una adición según sus reglas, puede estar seguro de haber encontrado, con respecto a la suma que examinaba, todo lo que la mente humana es capaz de encontrar; pues, en definitiva, el método que enseña a seguir el verdadero orden y a enumerar exactamente todas las circunstancias de lo que se busca, contiene todo lo que da su certidumbre a las reglas de la aritmética” (Descartes, 2006, pp. 66-67).

³ Este tipo de discurso, aunque con antecedentes en el positivismo lógico inglés, se deriva del pensamiento conductista y neopositivista de origen estadounidense.

Así, se trata de un discurso dominante que no admitir posibilidad de oposición y, por lo tanto, de aparición del sujeto y la política (Lebrun, 2003).

Sin embargo, sabemos con Lacan que el “hueso” de lo Real (Lacan, 1987: 61) siempre retorna sobre el sistema mostrando los límites de su propia imposibilidad. En este caso no será la excepción, ya que lo Real se hará presente en reiteradas ocasiones para mostrar la imposibilidad del proyecto de la modernidad.

3. Los límites de la utopía científica

Como dijimos, hasta comienzo del siglo XX existía una fuerte convicción acerca de la supremacía intrínseca de la Razón y en la Ciencia. Este tipo de discurso, que era acompañado por una idea de verdad como representación objetiva y neutral de una realidad externa que se reflejaba, se enfrentará, sin embargo, con diversos síntomas que mostrarán su imposibilidad.

El primer “síntoma” social que mostrará los límites de la utopía científicista será la Primera Guerra Mundial. El mismo mostrará que el progreso lineal e indefinido del positivismo se desviaba de sus fines teleológicos. Sin embargo, sabemos de las resistencias propias que, al igual que los pacientes, niegan burdamente la realidad (construida, parcial, contingente). Es quizás mediante este mecanismo, que se expresa en las ciencias sociales mediante la agregación de hipótesis ad-hoc para no lograr nunca la refutación de las teorías propias, como puede entenderse, sino, la insistencia en no querer ver estos límites reales al discurso dominante. Así, aunque la guerra ya había sido documentada hace más de 2.500 años por el pensador griego Tucídides para referirse a la guerra del Peloponeso, pensadores situados dentro de la matriz Iluminista, como es el caso de Kant, creían, por ejemplo, que la guerra era un medio que llevaría inevitablemente, mediante la “insociable sociabilidad”, a la “paz perpetua” (Kant, 1996). De este modo, al igual que ocurriría tras la Primera Guerra, se negaba la presencia de la alteridad que habita en todo discurso manteniendo la utopía mítica del racionalismo positivista.

Un segundo síntoma revelador ocurrirá poco más de una década después de la Primera Guerra, con la crisis financiera de octubre de 1929. En efecto, la sobreproducción generada por el exceso de oferta y la escasa demanda llevará a una crisis mundial del capitalismo liberal. En ese contexto, el mito del libre comercio, doctrina que se daba la mano con el racionalismo científicista de la modernidad, entrará en una crisis terminal, de la que sólo se recuperaría medio siglo después, con la reformulación neoliberal (Harvey, 1998).

Sin embargo, si estas huellas mostraban las limitaciones de la utopía racionalista del Iluminismo, el punto culminante llegará con la Segunda Guerra Mundial (1939-1945). La misma mostraría representaciones del “horror” imposibles de ser digeridas para el pensamiento dominante. En particular a partir de 1945, con las dos bombas atómicas y el develamiento de la tragedia nazi, se hará presente lo inexplicable, la “roca” del Real lacaniano con el que chocarán las construcciones simbólicas hasta allí presentes. Como lo ha descrito elocuentemente el poeta Primo Levi, después de Auschwitz no puede haber existir más poesía. En efecto, la imagen de los campos de concentración, que mostraban crudamente de lo que era capaz de hacer la supuesta racionalidad del hombre, sólo podía metabolizarse con una crisis del relato racionalista. Del mismo modo, las bombas atómicas en Hiroshima y Nagasaki mostraban que la ciencia no llevaría hacia el progreso inevitable, sino que, por el contrario, habían generado la mayor tragedia jamás vista en la historia de la humanidad.

4. El eterno retorno de la utopía racionalista

A pesar de su evidente fracaso, esta fe inconmensurable en la superioridad de la ciencia racional, la verdad objetiva y el sujeto omnipresente, continúa siendo dominante hasta la actualidad. Ha tomado, sin embargo, diferentes caminos. Así, en los últimos años el discurso de la ciencia se ha reconfigurado en el saber “experto” de los economistas tecnócratas de las fundaciones liberales y de los organismos multilaterales⁴. Se trata de un tipo de saber “tecnopolítico” (Camou, 1997) en el que la superioridad de las matemáticas y la presencia de los números ocultan la enunciación del sujeto fundante y por lo tanto, la alteridad instaurada por el lenguaje, en pos de un conocimiento neutro (Lyotard, 1992). En efecto, como lo ha analizado Eliseo Verón (1987, 1995), este tipo de discurso didáctico se legitima mediante la supuesta “descripción” de hechos carente de los “colectivos de identificación”. Así, no afirma “yo creo que tenemos que bajar el gasto público”, sino que describe un relato de manera supuestamente objetiva. De este modo, señala, por ejemplo, que “se debe reducir el gasto para garantizar seguridad jurídica a los inversores”. Como se puede apreciar, en dicho contexto las marcas o huellas del enunciador se borran en pos de un saber que no posee un sujeto fundante.

Por otra parte, para complicar aún más el panorama, los continuos avances en el campo de la medicina, la psicología evolutiva y las neurociencias parecen dar cuenta de “un mundo sin límites” (Lebrun, 2003). Así, se afirma que se descubrió “el gen de la homosexualidad” o “el gen de la obesidad”, o bien se señala que la “ciencia” descubrió los secretos del “sex appeal”, o que ahora es posible algo que parecía imposible: la posibilidad de ser madre de una nieta a través del mecanismo del “útero sustituto” (*Clarín*, 21/08/07).

En ese contexto, poco efecto parece haber hecho el intento inicial de Nietzsche y de Heidegger de destruir esta episteme. Del mismo modo, el psicoanálisis freudiano, el tercer golpe mortal al narcisismo de la modernidad, no logró más que pequeñas fisuras de la utopía racionalista. Tampoco parece haber tenido mucho mejor éxito Lacan, con su demoledora crítica a todos y cada uno de los postulados del discurso de la ciencia, varios de los cuales continuaban presentes en los trabajos iniciales de Freud⁵, ni la crítica estructuralista y postestructuralista francesa que desde Saussure hasta Derrida pasando por Barthes, Foucault, Deleuze, Žižek, Badiou y Laclau, entre otros, han golpeado duramente la episteme dominante⁶.

Ahora bien, si las huellas de lo Real han mostrado que la realidad era paradójicamente una ficción⁷, ¿Por qué y cómo ha logrado mantenerse hasta el presente esta racionalidad científicista? Algunas respuestas las podemos hallar en el pensamiento de Lacan. A continuación, desarrollaremos algunos de sus postulados.

⁴ Sobre la importancia que adquiere el saber tecnocrático en las últimas décadas, véanse Centeno (1997) y Montecinos (1997). Un análisis más reciente, que critica muchas de las posturas dominantes sobre el tema, se encuentra en Heredia (2006).

⁵ Este tema ha sido analizado por los trabajos de Alicia Álvarez (2006) y Néstor Braunstein (2006), aunque no implican desmerecer el crucial trabajo de crítica a la modernidad por parte de Freud, en particular, a partir de la primacía dada al inconsciente y a la sexualidad.

⁶ Para un resumen de estas críticas, véanse Deleuze (1982) y Follari (2000).

⁷ Recordemos que para Lacan (1987, 2003, 2005, 2006) lo real es el “hueso” (*tyche*) que impide a la realidad estructurarse como tal, la verdad que emerge de las fallas de la realidad estructurada. En palabras de Laclau, la heterogeneidad que impide constituir la sociedad plenamente suturada (Laclau, 2005, 2008).

5. El psicoanálisis en la encrucijada

Jacques Lacan puede ser considerado uno de los máximos críticos, si no el máximo, quizás junto con Nietzsche, de los principales valores que definen a lo que se conoce como el pensamiento de la modernidad⁸. Sin embargo, si este último planteaba como respuesta la transmutación de los valores científicistas en la supremacía instintiva de la “voluntad de poder”, Lacan irá más allá del nihilismo teórico para dar cuenta de las características que definen a este tipo de discurso científico. Según señalará Lacan, principalmente en su famoso *Seminario XVII*, la ciencia representa un tipo de discurso cuya fuente de legitimación radica en su efecto constitutivo del lazo social. En ese contexto, el discurso de la ciencia resulta crucial, ya que permite constituir a los sujetos como tales (Lacan, 2006). Ahora bien, ¿de qué modo constituye a los sujetos como tales el discurso de la ciencia? La respuesta es: mediante su función de “sujeto supuesto saber”. Como se sabe, todo sujeto para Lacan representa en realidad un sujeto en falta (Lacan, 1987, 2003, 2006). Esto quiere decir que no existe un sujeto constituido plenamente. Por el contrario, a partir de la instauración del lenguaje, es decir, a partir de su formación como sujeto independiente del cuerpo de su madre, el mismo se encuentra agujereado, “barrado” lo denomina Lacan (\$). Es decir que, a diferencia de lo que cree el racionalismo de matriz iluminista, no se puede hallar una Verdad eterna e inmutable. Peor aún, no existen verdades más allá de la verdad del síntoma que “retorna en la falla de un saber” (Lacan, 2003: 224). En otras palabras, la única verdad para el psicoanálisis es la verdad de que no existe una verdad transparente, de que el sujeto siempre está limitado por su inconsciente, que es un ser en falta. En ese contexto, la idea del “sujeto al que se supone saber” (S.s.S) (Lacan, 1987: 240) no es más que una utopía que pretende evitar esta falta estructural del sujeto en pos de una realidad imaginaria que le permite vehicular fantasmáticamente el deseo de unidad social (Gutiérrez Vera, 2004; Álvarez, 2006).

No obstante, que este discurso sea imposible no quiere decir que no ejerza sus “efectos de verdad” (Lacan, 2003), y de ahí su eficacia. En efecto, ya Rousseau había señalado en el *Contrato Social* que frente a la ausencia de la legitimidad trascendental divina, todo orden social debe crear nuevos fundamentos que permitan (alg)una garantía de legitimidad del orden vigente (Rousseau, 1995). Si en los tiempos pre-modernos la idea dominante era el Dios todopoderoso y protector, en la modernidad es la ciencia racional la que constituye la garantía de Verdad absoluta. De ahí que con la supuesta superioridad de las “ecuaciones matemáticas” se logre dar cuenta del tan ansiado fundamento de legitimidad “verdadera”. Un deseo eterno que, tras la “muerte de Dios” decretada poco después por Nietzsche, pasa a ser ocupada, entonces, por la presunta superioridad intrínseca de la Ciencia y particularmente, de la ciencia “exacta”, y por lo tanto, “objetiva”, que garantizarían la “lógica matemática” y los “números”⁹.

En ese contexto, el psicoanálisis (por supuesto que nos referimos al psicoanálisis implicado) se encuentra en una encrucijada difícil de superar. ¿Cómo puede hacerse para ir en contra de la superioridad de la ciencia, un nuevo discurso Amo que posee a su favor la presunta objetividad y neutralidad valorativa del razonamiento de las matemáticas? Debemos reconocer que las posibilidades no son muchas, por supuesto. En efecto, el psicoanálisis, y especialmente el psicoanálisis lacaniano, que ha logrado trascender ciertos ideales de científicidad del freudismo

⁸ Sobre las características de la modernidad remito al lector interesado a los trabajos de Giddens (1995), Lash (1997) y Harvey (1998).

⁹ Un excelente análisis de este particular se encuentra en Lebrun (2003).

inicial que pueden ser atribuidas al contexto en el que escribía su obra¹⁰, no se considera una “ciencia”, en el sentido que sigue la matriz dominante. El propio Lacan ha señalado que su teoría debe ser ubicada en un punto intermedio entre la ciencia y la religión, entendidos como “lo científico/objetivo” y “opinable/subjetivo”. ¿Qué puede hacer, entonces, el discurso del psicoanálisis implicado? Pues bien, por lo pronto, partir de la base de que no existe un sujeto plenamente constituido como tal, que no existe una Verdad objetiva y neutral que debería o podría ser “descubierta”, que lejos se está de ser puramente (o incluso algo) racionales y que la ciencia no es más que un tipo de discurso unario dominante cuya contingencia se encuentra latente¹¹.

Frente a esos principios rectores, debemos contraponer una ética política de la implicación. Se trata, en ese sentido, de recuperar al sujeto, perdido en los confines de la ciencia de los números, y de recuperar, junto con este, a la política. En efecto, probablemente no haya ninguna disciplina que se encuentre más bastardeada que la política. Se trata de una disciplina cuyas representaciones sociales se vinculan alternativamente con la búsqueda de intereses particulares, la corrupción, la impunidad y las ansias de acrecentar el poder, por lo que en muchos casos se los confunde con los políticos. Sin embargo, distinta es la cuestión si entendemos que la política es la disciplina que, si bien se basa en una lucha por el poder, al estilo weberiano (Weber, 2005), es al mismo tiempo la búsqueda del bien común, para retomar a Aristóteles (1998). Si la primera definición nos permite dar cuenta del antagonismo, y por lo tanto, del sujeto, contra la supremacía del saber y la pura administración tecnocrática (Laclau y Mouffe, 1987), la segunda nos permite dar cuenta de la importancia de construir (por supuesto que no descubrir, que representa una noción iluminista) nuevos proyectos para modificar la sociedad en la que vivimos. Una desedimentación¹² de aquellas representaciones sociales que se encuentran naturalizadas u objetivadas como realidades evidentes e incontestables de sentido común (Moscovici, 1979) y que, por lo tanto, llevan a los individuos a buscar la conformación y resignación social al orden vigente en lugar de promover la lucha¹³.

6. A modo de conclusión

En el transcurso de este trabajo nos propusimos indagar sucintamente acerca del discurso de la racionalidad científica. En ese contexto, examinamos sus principales características y sus formas de legitimidad. Sin embargo, lejos de centrarnos en la

¹⁰ Esta deriva “cientificista” que predomina en algunas obras de Freud, destacada por algunos autores (véanse Álvarez, 2006 y Braunstein, 2006), se encuentra presente, por ejemplo, en “El porvenir de una ilusión”. En aquel texto, que data de 1927, Freud afirmaba que “el psicoanálisis es un método de investigación, un instrumento imparcial, como, por ejemplo, el cálculo infinitesimal” (véase Freud, 1948). De todos modos, la presunta científicidad que pudiera observarse en algunos trabajos de Freud no implica desconocer su importancia clave en la construcción de la disciplina, en tanto precursor del análisis del inconsciente y de la relevancia fundamental que adquiere la sexualidad y el lenguaje. Téngase presente, en este sentido, que Lacan, pese a sus críticas al freudismo (véase Lacan, 2003: 92, 2005, 2006), se definía como continuador de su teoría.

¹¹ Ya Foucault había señalado en relación al descubrimiento de la genética por parte de Mendel que la “verdad” de la ciencia no es más que la “verdad de su época” (véase Foucault, 1973).

¹² El concepto de sedimentación corresponde a Heidegger y ha sido retomado por Laclau para dar cuenta de la objetivación, por definición parcial, de todo discurso (véase Laclau, 1993, 2005, 2008).

¹³ Sobre lo difícil que resulta para las “minorías innovadoras” ir en contra de la “corriente dominante” frente a la posibilidad de “castigos” sociales, véase Doms y Moscovici (1982). En cuanto a la importancia del saber “práctico” de sentido común, véase Bourdieu (1991).

pura crítica, en la pura negatividad, sin construir alternativas contra-hegemónicas, señalamos también que existe la posibilidad de oponerse a este tipo de discurso dominante. Para ello, retomamos el discurso del psicoanálisis en su matriz lacaniana. Este análisis nos permitió comprender mejor la eficacia del discurso de la ciencia, en tanto formalizador del lazo social, del rasgo unario carente de la falla del sujeto. Pero también nos llevó a emplearlo éticamente como un medio de retornar al sujeto y a la política del psicoanálisis implicado. En ese contexto, retomando la perspectiva analizada por Alfredo Grande, de lo que se trata a partir del discurso del psicoanálisis es de implicarse en las cuestiones sociales y políticas, de dejar de lado la utopía de la neutralidad valorativa y la superioridad “científica” de la ciencia, para recuperar la “sujetividad militante”, para parafrasear a Blas de Santos (2006). Se trata de llevar el psicoanálisis a la intersección con lo social y lo político, única forma de construir una alternativa a los discursos hegemónicos de matriz iluminista y positivista que prometen el oro y el moro y olvidan la dimensión de falta estructural y de deseo eternamente insatisfecho del sujeto en la cultura del malestar. Por supuesto que no se trata de una lucha fácil. En efecto, los procedimientos disciplinarios de exclusión y normalización, tan bien analizados por Foucault (1973, 1992), están más presentes que nunca para dejar “fuera del juego” a los “anormales” o a aquellos que se opongan al saber dominante de la civilización represora actual. Sin embargo, existe la posibilidad de una “destrucción creativa”, de una crítica desconstructiva a los valores dominantes que trascienda el puro nihilismo apolítico. Una crítica que fomente la politización de campos entendidos como neutrales y apolíticos, ya sea la ciencia, el mercado o la universidad, que plantee alternativas allí donde se sostiene la ausencia de alternativas, que haga presente la capacidad de iniciar nuevos comienzos allí donde se incentiva la resignación social. En suma, un análisis implicado, sin miedo a decir político, subjetivo, que plantee alternativas a las formas de dominación hegemónicas de los tiempos actuales, dominadas por la ausencia de motivos de lucha y por la invisibilidad de la alteridad constitutiva del sujeto.

7. Bibliografía

- ÁLVAREZ, Alicia (2006): *La teoría de los discursos de Jacques Lacan. La formalización del lazo social*, Letra Viva, Bs. As.
- ARISTÓTELES (1998): *Política*, Alianza, Bs. As.
- BOURDIEU, Pierre (1991): *El sentido práctico*, Taurus, Madrid.
- BRAUNSTEIN, Néstor (2006): *El goce. Un concepto lacaniano*, Siglo XXI, Bs. As.
- CAMOU, Antonio (1997): “Los consejeros del príncipe. Saber técnico y política en los procesos de reforma económica en América Latina”, *Nueva Sociedad*, N°152, Caracas, pp. 54-67.
- CENTENO, Miguel Ángel (1997): “Redefiniendo la tecnocracia”, *Desarrollo Económico*, N° 146, vol. 37, julio-sept, pp. 215-239.
- DELEUZE, Gilles (1982): “¿En qué se reconoce el estructuralismo?”, en P. Chatelet, *Historia de la filosofía. Ideas, doctrinas*, Tomo IV: “La filosofía de las ciencias sociales”, Madrid, Espasa-Calpe, pp. 569-599.
- DERRIDA, Jacques (1989): *La escritura y la diferencia*, Anthropos, Barcelona.
- _____ (1995): *Espectros de Marx*, Trotta, Madrid.
- _____ (1997): *Fuerza de ley. El fundamento místico de la autoridad*, Tecnos, Madrid.
- DESCARTES, René (2006): *Discurso del método*, Centro editor de cultura, Bs. As.
- DE SANTOS, Blas (2006): *La fidelidad del olvido*, El cielo por asalto, Bs. As.
- DOMS, Machteld y MOSCOVICI, Serge (1984): “Innovación e influencia de las minorías”, en Serge Moscovici, *Psicología social*, Paidós, pp. 71-116.
- FAIR, Hernán (2008): “El discurso del analista: en los márgenes entre el “sujeto supuesto saber” y el “no todo”, en Revista *Konvergencias, Filosofía y Culturas en Diálogo*, Año 5, N°17, Abril, pp. 117-121. Disponible en línea en

- <http://www.konvergencias.net/hernanfair167.pdf>.
- FOLLARI, Roberto (2000): "Sujeto, lenguaje y representación", *Filosofía práctica e historia de las ideas*, Vol. 1, Nº1. URL: <http://www.cricyt.edu.ar/estudios/index2.htm>
 - FOUCAULT, Michel (1973): *El orden del discurso*, Tusquets, Barcelona.
 - _____ (1992): *Microfísica del poder*, La Piqueta, Madrid.
 - _____ (1996): *¿Qué es la ilustración?*, La piqueta, Madrid.
 - FREUD, Sigmund (1948): "El porvenir de una ilusión", en *Obras Completas*, Tomo II, Biblioteca Nueva, Madrid.
 - GIDDENS, Anthony (1995): *La constitución de la sociedad*, Amorrortu, Bs. As.
 - GRANDE, Alfredo (2004): "Introducción penetrante", en *Psicoanálisis implicado 3. Del diván al piquete*. Topia, Bs. As.
 - GUTIÉRREZ VERA, Daniel (2004): "La textura de lo social", en *Revista Mexicana de Sociología*, Año 66, Nº2 (abril-junio), pp. 311-343.
 - HARVEY, David (1998): *La condición de la posmodernidad*, Amorrortu, Bs. As.
 - KANT, Immanuel (1996): *Hacia la paz perpetua*, Tecno, Madrid.
 - LACAN, Jacques (1987): *El Seminario 11, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Texto establecido por Jacques Alain Miller, Paidós, Bs. As.
 - _____ (2003): *Escritos I, Siglo XXI*, Bs. As.
 - _____ (2005): *El triunfo de la religión*, Bs. As., Paidós.
 - _____ (2006): *Seminario XVII: El reverso del psicoanálisis*, Paidós, Bs. As.
 - LACLAU, Ernesto (1993): *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*, Nueva Visión, Bs. As.
 - _____ (2005): *La Razón populista*, FCE, Bs. As.
 - _____ (2008): *Debates y combates. Por un nuevo horizonte de la política*, FCE, Bs. As.
 - LACLAU, Ernesto y MOUFFE, Chantal (1987): *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, FCE, Bs. As.
 - LASH, Scott (1997): *Sociología del posmodernismo*, Amorrortu, Bs. As.
 - LEBRUN, Jean Pierre (2003): *Un mundo sin límite. Ensayo para una clínica psicoanalítica de lo social*, Barcelona, del Serbal.
 - LYOTARD, Jean François (1992): *La condición postmoderna*, Amorrortu, Bs. As.
 - MONTECINOS, Verónica (1997): "Los economistas y las elites políticas en América Latina", *Estudios internacionales*, Nº1, Vol. 30.
 - MOSCOVICI, Serge (1979): *El psicoanálisis, su imagen y su público*, Huemul.
 - NIETZSCHE, Friedrich (1996): *Sobre Verdad y mentira en sentido extramoral*, Madrid, Tecnos.
 - PLATÓN (1988): *República*, editorial Universitaria, Bs. As.
 - ROUSSEAU, Jean Jacques (1995): *Contrato Social*, Planeta DeAgostini, Barcelona.
 - VERÓN, Eliseo (1987): "La palabra adversativa. Observaciones sobre la enunciación política", en AA.VV., *El discurso político. Lenguaje y acontecimientos*, Hachette, Bs. As., pp. 13-26.
 - _____ (1995): *Semiosis de lo ideológico y el poder*, UBA, Bs. As.
 - WEBER, Max (2005): "La política como vocación", en *El político y el científico*, Libertador, Bs. As.

FUENTES

- Diario *Clarín* (Argentina).